





FUE SUFICIENTE



Esther Abellán

# FUE SUFICIENTE



Primera edición: abril de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Esther Abellán

© Foto de portada: Francis Morell

ISBN: 978-84-127000-0-8

ISBN digital: 978-84-127000-1-5

Depósito legal: M-10702-2023

Real Noir Ediciones

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

[info@realnoirediciones.com](mailto:info@realnoirediciones.com)

[www.realnoirediciones.com](http://www.realnoirediciones.com)

Impreso en España

*A mi perro, que sabe cuánto de verdad  
y de mentira hay en esta historia.*

Real Noir es una colección dedicada *in memoriam*  
a Paco Camarasa y Claude Mesplède,  
amantes incondicionales de la novela negra



## PRÓLOGO

¿De qué color es la línea que separa el bien del mal, la ley del castigo, la víctima del verdugo?

¿Cuántos caminos hay para contar una historia, cuántos puntos de vista, de qué forma los recuerdos nos perdonan, aunque nosotros no lo hagamos nunca?

¿La furia tiene fecha de caducidad?

¿El pasado siempre vuelve, o somos nosotros quienes sin querer queriendo lo llamamos?

Estas y muchas otras preguntas son las que responde y a la vez vuelve a formular esta novela de Esther Abellán, que pronto podremos ver también en forma de obra de teatro, y quizás (probablemente) en nuestras pesadillas.

La protagonista es una mujer que ha sufrido de violencia hasta el punto de sentirla por momentos como algo lógico y natural. Ama la poesía y el teatro, practica artes marciales y tiene en su casa una katana a la que solo le falta hablar. Diez años después de un divorcio que puso fin a un matrimonio infernal, busca la paz en un pueblo que de a ratos se quiere convencer de que es ciudad, pero en el que todos se conocen. ¿Se conocen?

La rabia reprimida sigue siendo rabia y asoma cuando menos lo esperamos, y en los refugios como el pueblo de Baladre, en el que ella ha intentado reconciliarse con la vida, debajo de su plácida apariencia suelen esconderse los monstruos

más temibles, esos que saludamos por la calle, con los que nos cruzamos en cualquier reunión, los que vemos al salir de misa o de una discoteca (cada cual elige su templo); esos monstruos que nos contagian su monstruosidad o revelan la nuestra propia.

Es esta una obra que habla de la violencia de género y la cosificación de la mujer, que prosigue más allá de los discursos mediáticos, con especial incidencia en las poblaciones más pequeñas, en las que las apariencias suelen importar más que la realidad.

Pero es también un libro sobre el péndulo que, con el mismo trazado con que una hoz siega la mala hierba, puede convertir a la víctima en verdugo.

Esta es una novela contada en varias direcciones, por capas que se superponen a medida que avanzas en la lectura y resulta muy difícil abandonarla, porque se presiente en cada letra el desastre inminente, la explosión que intenta limpiar —probablemente sin conseguirlo—, todo lo que se acumula en la penumbra. Es también un texto sobre la interacción entre el arte y la vida, sus encuentros y desencuentros. Porque incluso la belleza tiene una cara que no queremos ver en los espejos, y el deseo cura o mata, según el número que indiquen al caer los dados de un Destino que alguien parece haber escrito sin piedad. Como se escribe la novela negra.

En esta novela, Esther Abellán nos recuerda que la realidad no va de vencedores y vencidos, pues la vida acaba derrotándonos a todos. La normalidad es apenas un disfraz y detrás de las puertas de cada hogar modélico, puede habitar la tragedia. Y también la venganza.

CARLOS SALEM

¿No te parece a veces que bastaría con tomar la decisión correcta para que las cosas se arreglasen solas? ¿No se te ilumina la mente al imaginar un cielo despejado, el aire puro y un sol ardiente? Creo que en un escenario así disfrutarías más de la vida.

MARY W. SHELLEY

*Carta a Percy*

26 de septiembre de 1817



No podía respirar. Sus brazos se estrechaban bajo mis pechos con la tenacidad de un oso hambriento. Su lengua me babeaba el cuello y empezaba a sentir mis costillas hincándose en los pulmones. Notaba al bicho asquerosamente empalmado y el roce de su sexo me violaba a través de la ropa. Yo intentaba gritar, pero el pánico no me permitía emitir ningún sonido mientras él me susurraba asquerosidades.

Me mordió el lóbulo de la oreja izquierda, dos veces. Fue entonces cuando un molesto zumbido empezó a resonar dentro de mi cabeza.

A pesar de ser mucho más frágil que aquel energúmeno, con el tiempo había aprendido algunos trucos de defensa personal. De manera automática, arrastré mi tacón de aguja con fuerza por su tibia y le propiné un enérgico pisotón en el empeine con la intención de taladrarle el pie.

—¡Hija de la gran puta! —gritó de dolor y aflojó los brazos en un movimiento reflejo.

Me volví con rapidez y, sin pensar, le di una fuerte patada en los genitales antes de huir como alma que se lleva el diablo. El monstruo hincó sus rodillas en el suelo como si fuera a rezar y, agarrado a sus partes bajas, empezó a gritar y a echar todo tipo de mierdas por la boca.

Nunca pensé que pudiera correr tan deprisa. Quería llegar a mi coche y desaparecer.

Abrí el bolso que llevaba cruzado en bandolera. Sin detenerme, metí la mano entre la cremallera con la esperanza de encontrar las llaves. Al sentir su tacto, me paré en seco. Miré hacia atrás y vi al malnacido retorciéndose en el suelo y espantando insultos en la distancia.

Las lágrimas hirieron mis ojos. Cogí el llavero con fuerza y puse las llaves como clavos punzantes entre mis dedos. Di media vuelta y caminé de nuevo hacia él.

# 1

Baladre había sido durante la última década un refugio para mí. Era una ciudad demasiado pequeña, situada encima de una loma desde donde se divisaba un campo interminable de viñedos que solo se interrumpía por la severidad de las canteras de mármol blanco. A pesar del ambiente rancio, vivir allí me había mantenido al margen del mundo, y eso tenía sus ventajas. Baladre. Siempre me sorprendió ese nombre para un pueblo de apariencia tan sosegada. Aún recuerdo el día en el que, en un blog de botánica, descubrí una historia que me hizo sonreír:

Durante la Guerra de Independencia, algunos soldados de Napoleón conocieron a su pesar el tremendo poder de un arbusto de aspecto inofensivo. Usando sus ramas como espetos para asar la carne de unas piezas de caza, ocho de ellos fallecieron en mitad de terribles sufrimientos y otros cuatro salvaron el pellejo de milagro. El asesino tenía unas hermosas flores y crecía formando un espeso follaje en el cauce seco de una rambla. Una planta puede ser venenosa para librarse de ser comida por animales. El arbusto que plantó cara a los invasores era conocido como Baladre o Adelfa.

No todos los animales se envenenan cuando pretenden alimentarse de las adelfas, la polilla *Daphis*

*nerii* come sus flores sin problemas y sus larvas se nutren con sus hojas. Todas las partes de la planta son tóxicas y afectan básicamente a las funciones respiratorias, cardíacas y digestivas. El polvo seco de tallos y hojas se ha usado para fabricar matarratas. Hay un dicho popular: «Eres más malo que el baladre», utilizado cuando se le quiere reprochar a alguien una actitud inadecuada o una mala voluntad ante su prójimo.

Cuando lo leí me divertí. Ahora lo veo de otra manera. Después de todo lo ocurrido tiene para mí un curioso significado. Y no soy una polilla. Quizás todo comenzó a cambiar hace un año, después de conocer a Fran. Fue un simple ligo-teo, de esos que una hace por internet sin ni siquiera pensar quién hay al otro lado.

A mí siempre me ha interesado el tema de la ilustración y mi amiga Teresa me recomendó que visitara la página de un colega suyo, Fran García. Era de la zona y además trabajaba la tinta como nadie. Sus dibujos me dejaron impactada, de modo que cuando me mandó un mensaje privado para agradecerme que lo siguiera en Facebook, enseguida le contesté. Comenzamos a hablar y todo fue muy rápido. Coincidíamos en nuestras aficiones por la poesía, la pintura y, curiosamente, los dos éramos karatekas, aunque en distintos estilos.

«Disculpa que te mande esta foto mía —escribió—, pero he visto en tu muro que te van las artes marciales y no he podido resistir la tentación».

Era una imagen de hacía varios años y en mi obsesión por los detalles, me di cuenta de que llevaba un kimono con el escudo bordado de Kyokushinkai. Al parecer había practicado «combate al k.o.» y, aunque intentó impresionarme, no lo con-



siguió. Preferí contestarle con un *haiku* de Santôka Taneda: «Vendo mis harapos y compro algo de sake. ¿Habrá soledad todavía?».

Fue suficiente.

Un frío lunes de enero nos saludamos y, al viernes siguiente, quedamos en un bar de su barrio, llamado El Rompeolas, para tomar unas cervezas. Vivía en Maneva, un pueblo algo más grande que el mío situado a pocos kilómetros. Subí a mi Peugeot 206 y enfilé la carretera comarcal. Mientras conducía iba observando el verdor del campo y las grandes paredes de piedra que salpicaban el paisaje. Siempre me han emocionado los contrastes y esas vistas eran una de las razones por las que me había quedado en Baladre.

En apenas veinte minutos estuve allí.

La primera impresión me hizo pensar que en verdad estaba loca. ¿Cómo podía compartir la barra de aquel garito de música ochentera, con un tipo con pinta de boxeador, calvo, que, menos a los ojos, miraba cualquier parte de mi anatomía?

—Soy neurocirujano —dijo, rompiendo el hielo.

—Joder, ¿y entonces por qué trabajas de segurata? —contesté sarcástica.

—Porque me gusta ir bien armado —afirmó echándose la mano al paquete.

—Qué interesante —dije. Y con picardía paseé mis dedos a lo largo del vaso de ron cola—. A mí siempre me han gustado las armas.

—¿Todo tipo de armas?

—De pequeña siempre iba con mi padre al tiro de pichón.

—Entonces creo que sabes algo de pájaros —contestó socarrón.

—Y de escopetas... —le seguí el juego.

Mientras charlábamos, él sacó de su cazadora un rotulador negro y en una servilleta empezó a dibujar uno de sus personajes.

—Toma, a ver qué haces con este tipo —sonrió—. ¡Escríbele un poema!

Y con la excusa del papel, metió su mano en el bolsillo posterior de mi pantalón vaquero para dejarlo allí.

Saqué el dibujo y, después de observarlo detenidamente, pedí un bolígrafo al camarero y garabateé unos versos:

*Esta situación me deja sin palabras.  
Solo el ruido de un lápiz que raya el papel  
sostiene mis manos plagadas de enigmas.*

Doblé la servilleta despacio y, sin dejar de mirarle a los ojos, me acerqué a su banqueta, deslicé mi mano dentro de su cazadora e introduje el poema en el bolsillo interior.

Reímos. Sin esperar mucho más, salimos de aquel antro contándonos batallitas e intentando disimular la impaciencia de la primera cita.

Después de aquel encuentro parecía que no podíamos vivir el uno sin el otro. Nos llamábamos compulsivamente y las conversaciones por el chat se alargaban hasta indecentes horas de la madrugada.

Nuestra complicidad era frenética, como si nos faltara el tiempo y quisiéramos bebernos nuestras desastrosas vidas de un trago. A pesar de no reconocerlo, la atracción que sentíamos el uno por el otro era imparable, lo más cercano al enamoramiento que no había sentido en mucho tiempo. Quizá mi afición por las armas y la poesía eran la mezcla perfecta que sirvió de detonante a nuestra relación. Buscábamos cualquier momento para estar juntos y nuestras conversaciones

traspasaban las fronteras de lo meramente cotidiano. Daba igual que estuviéramos en el coche, en el banco de un parque o en la morbosa intimidad de la cama de un hotel, cada encuentro era brutalmente sexual y apasionado. El amor era tan puro que nos empezó a quemar por dentro.

—Eres una mujer dulce y salvaje —me definió—. De lo que no hay. No quiero sufrir ni hacerte daño. Soy un desastre, siempre hundo el barco. Dejemos de vernos.

Aquella propuesta fue un puñal que me atravesó el hígado. Me pareció un cobarde, pero por mis experiencias sabía que el fuego siempre quema.

—De acuerdo —respondí con prisa—. No nos veamos más.

Y sin mediar palabra, follamos como si no hubiera un mañana. Éramos dos náufragos perdidos en aguas revueltas y la conclusión de cortar de cuajo era lo mejor, aunque doliera.

Sin embargo, nuestro intento de alejarnos fue fallido. Seguíamos con nuestras conversaciones interminables a golpe de teléfono, nuestras canciones, nuestras fotografías demasiado impúdicas... Nos necesitábamos y, aunque respetábamos nuestro acuerdo, la distancia nos corroía a los dos por dentro. Tras aquellas semanas tragicómicas, decidimos suprimir la parte carnal de nuestra relación.

—No quiero cagarla con amoríos. Seamos amigos sin derecho a roce —recuerdo su afirmación—. Somos almas gemelas y no quiero estar sin ti.

Su propuesta me pareció la mentira más dulce y más gallina con la que me había enfrentado nunca. Acepté.

Determinamos que el siguiente encuentro fuera más productivo y quedamos en ir a un campo de tiro donde me podría colar para enseñarme a disparar sin licencia. En Fran todo olía a ilegal, pero mi momento vital era demasiado desastroso para

pararme a pensar en remilgos de buena chica. Había llegado el momento de tirar el pasado por la borda y divertirme un poco.

Un sábado a las siete de la mañana, lo recogí en su casa.

—Tenemos trabajo, nena —sonrió—, he elegido un carameli-  
to que te va a encantar. Una pistola de cañón muy corto, perfecta  
para alguien como tú. Un calibre 22, que es de puta madre para la  
defensa personal, aunque en esto ya sabes que siempre hay opi-  
niones. Si eres buena, la podrás disparar a más distancia.

—Bueno, maestro, pues tú dirás ¿dónde vamos?

—¡Arranca!

Fran fue explicándome con todo detalle tecnicismos y cu-  
riosidades mientras me indicaba el camino, y yo lo escuchaba  
con atención.

—Una posibilidad es que una semiautomática del 22 se en-  
casquille, aunque el primer disparo siempre, o casi siempre,  
sale bien. Eso hará que no se produzca un tiro nuevo al apre-  
tar el gatillo. Si te pasa, tardarás sobre diez segundos o algo  
menos en solucionarlo. Ten cuidado con ese tema.

—Joder, Fran, esto es políticamente incorrecto —le dije  
divertida.

—Pues espera que la tengas en la mano, solo de pensarlo  
me pongo cachondo.

—¡Qué perro eres! —me carcajeé.

—La vaina sale hacia arriba y cae a la derecha, así que los  
casquillos estarán en ese lado del suelo. Un tirador que conoz-  
ca el arma no tardará mucho en recuperar las vainas vacías.  
Es un chivato para que se sepa de donde han salido. No lo  
olvides. ¡Ya hemos llegado!

La verdad es que me quedé algo sorprendida. Allí no ha-  
bía ni puerta ni ningún tipo de muro que nos impidiera el  
paso; tan solo una pequeña valla que estaba prácticamente en

el suelo. Caminé tras él y sentí cómo la escarcha de la mañana me helaba los pies. Supuse que en la bolsa de deporte llevaría todo lo que necesitábamos.

—¿Ves aquello? —señaló—. Son los puestos y allí están los soportes para los blancos. Esto era un campo de tiro militar. No hay vigilancia. Estaremos tranquilos.

Lo cierto es que no había nada que guardar, tan solo unos puestos de ladrillos y cemento mal cuidados en una extensión grande de tierra abandonada, además de unos soportes llenos de óxido que utilizamos para poner los blancos.

Cuando Fran me ofreció la pistola, me quedé mirándola un momento. Mientras él la sujetaba sobre la palma de su mano, acaricié el cañón despacio; reflexioné sobre la diferencia que hay entre empuñar una espada y el tacto frío de aquella pequeña máquina de matar. Había usado la katana y el *wakizashi*, pero aquello ya era palabras mayores.

Respiré hondo para tranquilizarme.

—¿Te pone, o qué? —dijo, mientras me sonreía—. Venga, vamos a lo nuestro.

Habló poco, pero no perdí ni un solo detalle de cada uno de sus movimientos. La munición era escasa, así que tampoco íbamos a desperdiciarla. Estábamos allí para divertirnos.

Aquel encuentro fue crucial.

En poco más de un mes, nuestra aventura «no carnal» se convirtió en algo indestructible. Disparar y leer poesía al parecer desata la adrenalina y une mucho. Al fin y al cabo, él estaba al borde del suicidio, aunque tuviera la dureza como carta de presentación, mientras yo, algo más comedida, jugaba con las ganas de morirme mientras escribía compulsivamente.

Un día, al salir de la fábrica, me sorprendió. Estaba apoyado en la puerta de su destartado coche, a cierta distancia.

En cuanto me vio, hizo una señal con el brazo y una sonrisa iluminó su rostro.

—¿Es tu novio? —dijo mi compañero Felipe con malicia.

—Un gran amigo —contesté molesta—, pero eso a ti no te importa.

Aceleré el paso. Estaba harta de los moscones que intentaban meterse en mi vida.

Fran quería que lo acompañara a cobrar. Tenía un empleo de mierda en un polideportivo privado. El sitio ya me dio mala espina. Se trataba de una pequeña nave de color blanco con un cartel pintado sobre la puerta donde se leía en letras mayúsculas: «PÁDEL CLUB–RECEPCIÓN». Solo tenía dos ventanas y adiviné en su interior un vestuario vacío bastante maltrecho. Además de cuatro pistas con pintadas en el encristalado, completaba el conjunto un chiringuito de cañizo cerrado a cal y canto. Me pregunté quién podría ir a aquel tugurio a jugar unas partiditas de pádel. Cuando vi a su jefe, no tuve ninguna duda: menos instalación deportiva, aquel lugar era cualquier cosa.

Antes de entrar en el edificio, Fran me dijo:

—Ponte al volante y mantén el motor en marcha. Saldré enseguida.

Al cabo de unos minutos, lo vi aparecer por la puerta. Caminaba hacia mí, pero se dio la vuelta de repente y regresó hacia el local. Pegó varios puñetazos en la pared y, sin entrar, comenzó a caminar otra vez hacia el coche. Cuando subió, estaba rabioso y no disparó ni una palabra hasta que llevábamos recorridos unos cuantos kilómetros.

—La segunda marcha entra mal —quise romper el silencio—, tendrías que revisar el embrague.

—¡Este es un hijo de puta! ¡Te juro que un día me lo cargo!